

EL NEGRO

TIMOTEO

2a. EPOCA

AÑO II

DIRECTOR Y REDACTOR
WASHINGTON P. BERMÚDEZ

Nº 26

MONTEVIDEO, JUNIO 28 DE 1896

MITOLOGÍA URUGUAYA
SATURNO



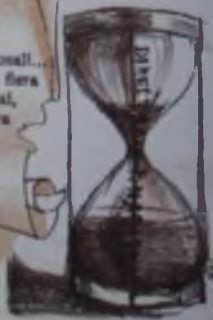
ADMINISTRADOR
Pedro M. Bermúdez Acevedo

CALLE TREINTA Y TRES 000. W
Teléfono: «Cooperativa» 643

Suscripción

Mensual \$ 0.80
Núm. suelto . . . \$ 0.20
Atrasado \$ 0.30

El Saturno fabuloso
(Glotón mucho más famoso
Que el jefe de la nación)
Como si fuera un sabroso
Manjar, con satisfacción,
A todo hijo se tragaba,
Siendo varón, y empezaba
La tarea por los pies—
De esa su hambruna tan brava
Sólo se libraron tres!
El homónimo oriental
Con una gajaza igual,
Primero, como es notorio,
Devoróse al directorio
Del partido nacional.
Actualmente con fruición
Está engullendo el turrón
Ministerial; y en su día
Se ha de comer el sillón
De alguna senaduría.
Ayl qué hambruna colonial...
(Y de esa hambruna tan fiera
Se ha salvado, bien ó mal,
Cualquier cosa! Ni siquiera
El dinero personal!



Fajft

Sumario del número 26—*Texto*:—Mitología Uruguaya: Saturno—Buscando la reelección—Un diputado rural—Fuego! Fuego!—La zorrillada de la Florida—Una muchachada del Presidente—Doscientos grados más!—El lábaro del estómago—Cosas de negro—Anuncios.

Caricaturas:—Mitología Uruguaya: Saturno—Buscando la reelección—En casa del ministro de la Guerra—Una multitud de grabados alusivos intercalados en el texto.

Todo lo que se publique en este periódico sin llevar un pseudónimo ó señal al pie, pertenece al redactor de EL NEGRO TIMOTEO.

Un diputado rural

(Cuadro de costumbres criollas, en un acto y en ver.o)

(Dedicado al Centro Artístico Nacional y representado por su cuadro de aficionados.)

ESCENA XXI

LOS ANTERIORES Y CANTALICIA

CANTALICIA—Ahí está don Primitivo
Que quiere hablar con usted.

BONIFACIA—El que nos trajo en cupé?

OLEGARIO—Contestá que no recibo.

CANTALICIA—Dice que si usted pud'ese

Pagarle aquella cuentita.....

TRIFONA—Sal de aquí, negra maldita.

CANTALICIA—(Rabia no más)

OLEGARIO—Oye: que ese

Perillán vuelva mañana,

Pasado, el lunes pues hoy

Apuradísimo estoy.

BONIFACIA—Y aun no te movés, patana?

OLEGARIO—Menti cualquier cosa.....

TRIFONA—Ea!

Despachá pronto al basura.

OLEGARIO—Que hoy asisto á la abertura

De la Honorable Asamblea.

CANTALICIA—Es que ha venido diez veces....

TRIFONA—Marcha, infame.

CANTALICIA—(Socarronamente.) Sí, señora.

OLEGARIO—Como si estuviese ahora

Para escuchar pequeneques!

ESCENA XXII

TRIFONA, BONIFACIA, OLEGARIO, PRIMITIVO Y

CANTALICIA (adentro)

PRIMITIVO—Con que no quiere pagar

Ese maldito embrollón?

Pues prevenga á su patrón

Que lo voy á demandar.

CANTALICIA—Vuelva mañana.

PRIMITIVO—Ya frito

Me tiene ese trampa-andante.

CANTALICIA—Mire que es representante.

PRIMITIVO—A mí se me importa un pito.

(Se oye un ruido confuso de voces)

OLEGARIO—Miserable renacuajo

Que no recuerda quien soy!

(Hace ademán de salir)

TRIFONA—No le haga caso.

OLEGARIO—(Trifona lo detiene.) Lo voy

A echar escalera abajo.

BONIFACIA—Desprecie al bruto, papá.

OLEGARIO—Tenés razón; lo desprecio.

Y me amenaza ese necio

Con demandarme.... ¡Ja, ja!

El infeliz ha olvidado

Que soy persona inviolable,

Y á más que no es embargable

La dieta de un diputado.

TRIFONA—Entonces podés comprar

Cuanto te agrade y te antoje,

Y aunque el acreedor se enoje

No le tenés que pagar?

OLEGARIO—Ni un Cristo; de ningún modo,

Y queda el hombre clavado.

BONIFACIA—Pues en adelante al fiado,

Mamá, compraremos todo.

Y después.....

TRIFONA—Sí, Bonifacia,

Después no lo abonaremos;

En lo cual imitaremos

También á la aristocracia.

(Dan un nuevo golpe en la puerta de calle.)

BONIFACIA—Otro golpeazo.

OLEGARIO—Ha de ser

El saстре.... La una pasada! (Mira el reloj)
Voy á darle una felpada.

ESCENA XXIII

LOS ANTERIORES Y CANTALICIA

CANTALICIA—Señor, está don Javier.

OLEGARIO—El boticario insufible

Que me cobra esos jarabes?

TRIFONA—Negra del diablo, no sabes

Que el señor está invisible?

BONIFACIA—Y ocupado en la tarea

De arreglarse.....

CANTALICIA—(Qué figura!)

TRIFONA—Para dir á la abertura

De la Honorable Asamblea?

OLEGARIO—Que vuelva el lunes.... Estoy

Invisible en este instante.

TRIFONA—El señor representante

No concede audiencias hoy.

OLEGARIO—Entendé que solamente

Recibo á Guisobarreta.

TRIFONA—El cual vendrá de etiqueta.

BONIFACIA—Y en coche, tené presente.

OLEGARIO—Además al saстре, rara

Figurilla.....

BONIFACIA—Tipo inculto.

TRIFONA—Que llegará con un bulo.

CANTALICIA—Dónde, señora: en la caía?

TRIFONA—Qué llega para una trilla!....

(Cantalicia trata de hablar.)

Calla ó te atrazo un moquete.

BONIFACIA—Que vendrá con un paquete....

CANTALICIA—Con un mozo cajetilla?

(Haré bufar á les dos.)

BONIFACIA—Has perdido la chabeta?

TRIFONA—Te voy á romper la jeta!....

CANTALICIA—(Con sosna.) Pero, señora, por



Dios,

En qué falté?

TRIFONA—Negra opa!

Y el aire tan deslavado!

BONIFACIA—Que vendrá con un atado.

CANTALICIA—(Indicando una persona: oídse lo o

con cofo.)

Con un atado?

OLEGARIO—De ropa.

TRIFONA—Si no querés que te atavise

Fuera de aquí calinguda.

CANTALICIA—(Se atufó la cogiuda!)

OLEGARIO—Como demora ese saстре!

ESCENA XXIV

TRIFONA, BONIFACIA Y OLEGARIO

TRIFONA—Vuelvo á salir al balcón

Para ver si se divisa.... (Sale)

OLEGARIO—Yo me pondré la camisa. (Sale)

TRIFONA—(Desde el balcón.) Allá asoma el tra-



palór.

BONIFACIA—(Llegándose.) Viene, mamá?

TRIFONA—(Sociando la calle.) Me supongo

Que ha de ser ese animal

Con el envoltorio.....

BONIFACIA—Cuál?

TRIFONA—Ese nariz de poronro.

ESCENA XXV

LOS ANTERIORES Y OLEGARIO (que entra en

mangas de camisa, con botines de charol y

polainas blancas)

BONIFACIA—Ahí llega el saстре.

OLEGARIO—(Enseñando la pechera.) Pílette!

Miren qué lindo traje!....

TRIFONA—Y te vas con cuello bajo?

BONIFACIA—No es un cuello de saстре.

OLEGARIO—Es que el alto me incomoda

TRIFONA—Pues aguantarlo no más.

Con cuello alto vestirás

Complementamente á la moda.

OLEGARIO—Me lo pondré. (Suena un aldabazo.)

Ya cayó

Por fin el desvergonzado.

TRIFONA—Engañar á un diputado!

OLEGARIO—Ahora verá quien soy yo.

ESCENA XXVI

LOS ANTERIORES Y CANTALICIA

CANTALICIA—Señor, el saстре.

OLEGARIO—(Con alivios.) Que espere.

(Sale Cantalicia sonriendo)

TRIFONA—Así me gusta, Olegario.

Que las pague el perdido ario.



Ya cayó

Ya cayó

Ya cayó

Ya cayó

Ya cayó

Ya cayó

Ya cayó

Ya cayó

OLEGARIO—Mi posesión lo requiere.

Solo k. gente de mala

Calidad, esa que vive

Bien con la plebe, recibe

Sin esigir antesala.

Pero un sujeto de abono

Como yo, manda aguardar

Al inferior, para dar

Muestras de que tiene tono.

Nada más que á sus iguales,

Y aun por mucho cumplimiento,

Los recibirá al momento

El diputado Corrales.

Que ese endividuo soporte

Un rato de humillación.

Lo pide mi posesión.

BONIFACIA—Bien, papá; démonos corte.

OLEGARIO—Mira como queda al pie

Mi botín.....

TRIFONA—Será extranjero?

OLEGARIO—De Londres: de un zapatero

Que se apellida Minud.

TRIFONA—Con las polainas estás

Chique; pero chique.....

OLEGARIO—Si?

Pocas las usan aquí.

TRIFONA—De guarangos nada más.

OLEGARIO—En esto fielmente sigo

Las aguas de un compañero,

Que es dechado verdadero

De buen gusto y muy mi amigo.

TRIFONA—Pues imita á ese Fulano

Si es de tono.....

OLEGARIO—Y de la vieja

Sociedad, que no las deja

Ni en invierno ni en verano.

Y el tal dice con razón,

Que quien no luce en los pies

Buenas polainas, no es

Persona de condición.

(Continuad.)

Fuego! Fuego!

El ministro de la Guerra se hallaba entre los brazos de Morfeo, como escriben los poetas ramplones y los cronistas cursis.

Y á fé que S. E. se había ganado el reposo, junto con el pan de la semana; porque ese día fué de pesadas tareas para el valiente general.

A las 9 de la mañana salía de su blando lecho para meterse en el baño tibio de tenderse en el tritón sin cola.

Media hora ataviado y en capa, tan céle que usó Bonapar,

pedía su primer matecito de guaco. después, ya vuelto en su bre como la te en Maren-

gao, pedía su primer matecito de guaco. A las diez, acompañado de dos ayudantes, subía á su coche y se dirigía al cuartel de Artillería en la Unión, donde lo recibían con los honores correspondientes.

Concluido el almuerzo, con que lo obsequió el coronel Pérez para estrenar la vajilla comprada con los ahorros de la mayoría, el general visitó al comandante de la fortaleza del Cerro. Allí le saludaron con una salva de veintiduen cañonazos.

A las dos de la tarde llegó á su ministerio y en él estuvo hasta las cuatro, entretenido en mirar el montón de dos mil expedientes que tiene sin despachar.

Luego de tomar otro matecito de guaco, fuése á respirar el aire de la calle 18 de Julio, seguido de seis ayudantes y tres sargentos de órdenes.

La elegante figura del ministro, su levantado pecho, desarrolladas caderas y contoneos sa-lerosos, atraían la atención de los paseantes en corte.

Las damas, sobre todo, firtaban al ministro, que, con frialdad inexplicable, no se dignaba echarles una mirada siquiera de soslayo.

que, con frialdad inexplicable, no se dignaba echarles una mirada siquiera de soslayo.

que, con frialdad inexplicable, no se dignaba echarles una mirada siquiera de soslayo.

que, con frialdad inexplicable, no se dignaba echarles una mirada siquiera de soslayo.

que, con frialdad inexplicable, no se dignaba echarles una mirada siquiera de soslayo.

En cambio, no pasaba hombre robusto á quien no le clavara los ojos, como si quisiera comérselo con las pupilas....

Terminado el paseo por la calle del 18, S. E. se coló en su casa, se sentó á la mesa y comió con un apetito que habría envidiado el Presidente de la República.

En seguida al teatro, con ocho ayudantes y cinco sargentos de órdenes. De cuando en cuando cogía los gemelos y los apuntaba al paraíso. A la cazuela, ni una sola vez. Ministro más singular!

Acabada la función, una cenita ligera, de que no participaron los sargentos ni ayudantes, y... derecho á la cama cual un honesto Juan. Ya se vé que la tarea del día demandaba un descanso reparador.

De pronto, entre ronquido y ronquido, S. E. —cuyo sueño es de pájaro— sintió algo así como una voz angustiosa que gritaba: *Fuego! Fuego!*

El ministro se despertó sobresaltado. Incorporóse en el lecho y volvió á oír: *Fuego! Fuego!* —Sapristi, exclamó tirándose de la cama... O estos son los blancos sarnosos ó los colorados independientes que han asaltado mi domicilio.

Porque debe lo siguiente: que en que empezó una revolución gobierno—y la —todos los gobierno creen ción.



Como cuando se referían seriamente las picardías de las brujas y del diablo, las buenas gentes andaban temerosas del diablo y de las brujas.

Así es que en la mansión de cada ministro hay un parque y un piquete, mandado por un alférez, con la consigna de velar y verter su sangre por la persona y la familia del respectivo secretario de Estado.

Esa noche, pues, el de Guerra se figuró, al escuchar la voz de *Fuego! Fuego!*, que la daba el alférez para rechazar con las armas el ataque que traían los enemigos de la situación.

Cogido de sorpresa el héroe de Paysandú, no atinó á vestirse y huyó en paños menores al aposento próximo, que es donde guarda un cajón con las cruces y medallas que le han regalado reyes y emperadores.

Esto es, S. E. trató de ponerse el uniforme; pero en sus apuros confundió las prendas del traje y quería meter las piernas por las mangas de la casaquilla como si fuese el pantalón.

En vista de la inutilidad de sus esfuerzos, abandonó el pantalón y la casaquilla; aunque acertó á plantarse el kepi. Con kepi, pues, y en paños menores se refugió en el aposento próximo.

Entretanto continuaba aquella voz fatídica: *Fuego! Fuego!*

Al escucharla por tercera vez, el ministro abrió un gran armario—quizá construido *ad hoc*—y encerróse en él con su cajón de condecoraciones, como en espera de los sucesos.

Un momento después, temblando de frío y de miedo, reflexionaba:

—Sacrebleu! Repiten *Fuego!... Fuego!* Mas no suena ni un *tirro!* Qué demonios ocurrirá? Malepeste! Será un combate á la bayoneta? No siento el cliquetis de los aceros... Je ne comprends pas....

En esto percibió el ruido infernal que producen las campanas, las ruedas y los corceles de los carros de apagar incendios. Y le pareció que los carros se detenían frente á la puerta de su casa y que en el zaguán charlaban algunas personas. Aguzó las orejas...



—Felizmente ya hemos extinguido el fuego, decía el alférez del piquete que guarda á S. E. —Y el ministro? interrogaba el comandante

Bañales.

—Duerme profundamente.... Mañana le comunicaré la noticia...

Entonces el ministro dejó el escondite y en el escondite su cajón de cruces y medallas. Entró en su cuarto, se arrebujó con la caparival de la de Marengo y se presentó en el zaguán.

—Comandante, merci por vuestro service, chapurró estrechando la mano del jefe de los carros. Cependant yo me felicito del acontecimiento de esta noche, que ha vonido á demostrarme la parfaite disciplina de sus pompiers.

—Señor ministro, V. E. me honra en extremo.

—Je vous tribute justice.... Y qué se quemó, alférez? preguntó S. E. al oficial.

—Un montón de ropa sucia, contestó el alférez.

Efectivamente, eso fué lo único que se quemó en la casa del ministro. En el cuarto de la ropa sucia se aloja el piquete. Un soldado arrojó la colilla de un cigarro negro sobre el montón de ropa y esta comenzó á humear.

Como la mucha pringue que contenían los trapos levantase una gran llamarada, el alférez pensó que la casa se prendía y lanzó la voz de *Fuego! Fuego!* para advertir á los soldados.

Ya sabemos lo que se supuso el ministro y las medidas que adoptó para salvar el bulto y el cajón de las condecoraciones.

Tanto estrépito por un montón de ropa sucia!

Con cuya ocasión un individuo, que desde la calle presenciaba la escena del apretón de manos con que el ministro despedía al comandante Bañales, murmuró filosóficamente:

—De seguro que si el ministro se encuentra en el montón de la ropa sucia, la casa arde por los cuatro costados!

La zorrillada de la Florida

Hoy la caterva oficial Se dirige á la Florida, A una fiesta promovida Por el jefe policial. Con el pretexto trivial De estrenar una bandera, Mas con la intención artera De brindar al Presidente, Los aplausos de la gente Novelera....

Quando alguna compañía De acróbatas, al país Llega de Londres, Paris, Del Japon ó de Turquía, Uno ó dos antes del día De dar la función primera, Sale á la calle en galera Con el payaso á su frente, Para llamar á la gente Novelera.

Y van del payaso al pæso Todos los pillos riendo, Con las muecas que va haciendo Bufonamente el payaso. Y luego que por ocaso Baja la enorme lumbre, Se abre el circo, y de carrera, En chorros, continuamente, En él va entrando la gente Novelera.

Así el jefe policial, Para tener circo lleno En el día de su estreno Como *fiestista* oficial, Ofrece al pueblo oriental Y población extranjera,

Una *farra* verdadera, Y todo gratuitamente, Para llamar á la gente Novelera.

Les ofrece batallones, Paradas, arcos triunfales, Y fuegos artificiales Y sagradas oraciones, Y víveres á montones, Y vino cuanto se quiera, Y pan también..... De manera Que el programa es atrayente Para llamar á la gente Novelera.

Además la exhibición Del ilustre Presidente, No es una fiesta frecuente Para aquella población.

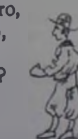
Pues si dicho personaje Vulgarísimo es acá, No lo es ni con mucho allá Y menos para el gauchaje. Aquí el abstemio y el chispo Lo contemplan diariamente; Y allí lo mira la gente Por la muerte de un obispo. (Sin alusión á Soler Que por suerte no ha finado, Y con el arzobispado Triple vida va á tener.)

Habituado el paisanaje A ver de lunes á lunes, Tan solo bichos comunes En este y aquel paraje. Como ser: vacas, pitorillos, Yeguas, zorros y capones, Carpinchos y mancarrotes Y avestruces y novillos.

Anhela ver, está claro, La cara del Presidente. Que el gauchaje ciertamente Se supone un bicho raro. Como también los de Monte Video con gran placer, Correríamos á ver Un antiguo mastodonte.

Mas qué triste desengaño Va á sufrir el paisanaje, Si piensa en el personaje Contemplar un bicho extraño! Cuando observe la figura Del eximio Presidente, Su carilla de inocente Y su grotesca apostura: Dirá el paisano:—«Aparcero, Sabe esté que el mercenario, Tiene el aspeto ordinario De cualquier pobre tambero? Si no trujiese la banda, Y el farol y comitiva, Quién diablos no se creiba Juese un tambero en parranda?» Y le sobrará razón A ese paisano sincero, Porque parece un tambero El jefe de la nación.

Zorrilla (para *cebar* La concurrencia silvestre) Qué comilona campesite Tan enorme le va á dar! Sin aludir á personas De parecido pelaje, Regalará al paisanaje Ciento y tantas vaquillonas. Para las gentes más finas, No se incluye á los viajeros, Habrá bastantes corderos Pavos, gansos y gall'pas. En cantidad estúpida, Vino puro y cristalino, Con prescindencia del vino Del gran ministro de Hacienda.





Esa honorable pandilla
 Vá tirándose á la mar,
 Con intención de llegar
 Nadando á la opuesta orilla.
 Titúlase *Reelección*
 Esa orilla; y es tan bella,
 Que ansian llegar á ella
 Todos con igual tesón.
 Mas si el tesón es igual;
 Como cualquiera lo advierte,
 Es muy distinta la suerte
 Que le cabe á cada cual.
 El uno su fuerza ensaya,
 El otro se ha sumergido,
 El tercero á un bombo asido
 Acaso toque la playa.
 Le arrojan un salvavidas
 'Al cuarto; el brutal instinto
 De salvación suere al quinto.
 Qué sucesos tan divertidos!
 Y entre tanto que ellos van
 Avanzando ó encumbiendo,
 Del espectáculo risado
 Vese al íntegro don Juan!

Y pan, en varias porciones,
De todas clases le habrá,
Tanto, que no faltará
Ni aun el Pan..... de Canelones!

La tan célebre pan-zada
Del Sauce, va á ser hundida
Por esta de la Florida
Que titulan *Zorrillada*.

Una muchachada del Presidente

Érase un alumno que había prometido dos centésimos á otro si le traía un buen melón.

—Pero un buen melón vale más de dos centésimos, contestó el condiscípulo.

—A tí no te costará nada, pues se lo robas á tu padre, que tiene un puesto en el mercado, y mañana me lo llevas al colegio.

—Convenido o, muchacho.

El hijo robó el y se fué con ella, donde, antes al compañero, le

—Y los dos

—Los dejé el casa.

Enfurecido el ladrón por lo que creyó *jumada* del condiscípulo, regaló el melón á un tercer chiquilín, refunfuñando:

—Con que no me *aflojás* los dos centésimos? Pues ahora le doy á este el melón y de balde. *Agarrá* ese trompo en la uña!

Tan vulgar cuentecillo puede ser aplicado al Presidente de la República, y ya se verá que con harta razón.

Nuestros lectores recordarán que cuando el ministro de Fomento hizo un viaje al Rosario, los vecinos de esta villa se reunieron en la comisaría para saludar á Su Excelencia, quien aprovechando la coyuntura, les espetó un discurso por el tenor siguiente:

«Señores:

Interesado el Exmo. Presidente de la República en mejorar las condiciones de la campaña, me ha comisionado especialmente para que observando las necesidades de este departamento, se las comunique con el objeto de remediarlas en cuanto lo permitan los fondos del Estado.



«De pasada por esta sección. he notado que no vendría mal un puente de hierro en el arroyo del Rosario: pero como los recursos de que dispone el tesoro nacional, pese á las nuevas y onerosas contribuciones inventadas por el

ministro de Hacienda, son sumamente exiguos, hasta el punto de que solo alcanzan para costear banquetes, fuegos artificiales y temporadas líricas, yo confío en que vosotros no titubareis en ayudar eficazmente al P. E. en esta circunstancia.

«Con un puente de cinco metros de largo, esta sección pondría una pica en Flandes. Según mis profundos cálculos de ingeniero civil, aunque no examinado ni recibido, el puente mencionado costaría diez mil duros poco más ó menos. Ahora bien, si entre vosotros levantaís un empréstito por la mitad de esa suma, el Gobierno se compromete por mi voz á poner el resto para emprender la obra.

«No dudo que acogeréis favorablemente la proposición ventajosísima que os hago; y en breve vereis tendido sobre el poético arroyo que da nombre á vuestra hermosa villa, un puente de primera clase, que al par de ser un beneficio inmenso para esta importante zona de la República, demostrará el espíritu de progreso que los anima y la entera confianza que depositais



en la honradez y probidad del jefe del Poder Ejecutivo.»

Tal fué, en resumen, el discurso del ministro de Fomento.

Por supuesto que los vecinos adoptaron el pensamiento del señor ministro. Cómo responder que nó á todo un secretario de Estado que les hablaba en la comisaría? En consecuencia, cada concurrente se suscribió con una cantidad mayor ó menor para que la obra se llevase á cabo; lo cual llenó de júbilo al ministro, que inmediatamente *soltó* un telegrama al Presidente de la República:

«Éxito asombroso. Vecinos cinco mil pesos para puente Rosario. Pagarán luego venir puente de Europa. Popularidad de V. E. indudable. Confianza en gobierno administración y trabajo y acuñaciones aumenta día á día..... Mil plácemes á V. E... Yo contentísimo continué excursión Carmelo.... Guarde Dios V. E.....»



El órgano oficial y el órgano oficioso subieron sobre los cuernos de la luna al Presidente y á su ministro de Fomento.....

En conclusión: que el puente de los cinco metros de largo y de los diez mil pesos de valor, llegó á la Aduana de Montevideo.

El ministro comunicó la noticia al encargado de cobrar las cuotas y recibió la respuesta de que los vecinos se resistían á satisfacerlas, fundados en que no querían ayudar á un Gobierno que derrochaba doscientos mil duros en las fiestas de Agosto, cien mil en una Exposición Nacional de productos extranjeros, y que además no publicaba las cuentas.

Cariacotcedido y todo, el ministro transmitió la nueva al Presidente de la República; y atufado S. E. con los vecinos del Rosario, resolvió que el puente se colocara sobre el arroyo de Pan de Azúcar, en su empalme con el camino de Pando á la capital.

Que es exactamente lo del muchacho del melón.

—Con que no me *aflojan* los cinco mil del puente? Pues ahora se lo regalo á Pan de Azúcar y de balde.

Y obsequió con el puente al arroyo de Pan de Azúcar.

Berrinche infantil el de don Juan de Mercedes! Es otro de los aspectos en que el hombre se presenta al público... á fin de que lo sigan *tomando pal patronato!*



Doscientos ascensos más!

Como es sabido y notorio, El Superior Tribunal, Declaró recientemente Que entre un cargo militar Y el cargo de juez, había Incompatibilidad, Por ser el uno de *guerra* Y ser el otro de *paz*. De modo que el caballero Carriconde, á quien le va Derecha esa cuba de agua Más fría que el Uruguay, Sin llamarle parejero Ni jockey, tiene que optar Entre carrera y carrera, Pues dó manda general Todo sargento, aunque fuese Mayor, como el juez, acá Y en toda tierra obedece, Y al que se la dé San Juan San Pedro se la bendiga, Y paciencia y barajar!

Se, ún asegura un diario, Por componenda oficial, Y en ella la torpe mano

Del Presidente anda ya, El Carriconde abandona Su cargo de juez de paz Y sigue con el de guerra; Pero pasando á prestar Sus servicios al ilustre Presidente, que edecán Lo nombra después de hacerlo Comandante..... De lo cual Se deduce claramente Que el tesoro..... Bueno va! Como es de costumbre y uso El pato debe pagar De la componenda dicha, Que hiede á asquerosidad, Prueba evidente que en ello Mete la pata el quidám, Que por desgracia y vergüenza De esta nación *oriental*, Es más sultán que el gran turco, Y es más *turco* que el sultán.

Ahora bien, como en la patria Sus doscientos jueces hay En iguales condiciones Que el aludido, á juzgar Por las cuentas que sacaba Su abogado al Tribunal; Y como de los doscientos Mucho más de la mitad, Puestos ahora entre la espada Y la pared, optarán Por la espada, y como á todos El paraguas oficial De la hermosa componenda Los tiene que cobijar, Resulta que el individuo Que en su fresca mocedad Fué canchero, peón de fonda Y sacamuelas quizás, Para contentar á todos, A jueces y Tribunal, Va á expedir como unos ciento Cincuenta despachos más! Tiene don Juan ó no tiene Talento y habilidad, Para cualquier componenda Que cual suya huele mal?

El lábaro del estómago

—La Cámara sigue aprobando el presupuesto general de gastos presentado por el P. Ejecutivo.

—Con ó sin discusión?

—Con discusión..... para llenar las formas ó guardar las apariencias; pero ya nos consta que la mayoría *está al firme*. Como expresaba el diputado Tavolara.....

—En el augusto recinto de las leyes, «las cuestiones no se ganan con discursos, sino con..... las posaderas.»

—Exactamente, y cada nueva sesión que tiene lugar, ratifica y abona la profunda sabiduría de tales palabras.

—No es mal sastre el que conoce el paño.

—Ve lo que ocurre, por ejemplo, con las planillas del ministerio que desempeña el señor Castro.....

—Aumento de empleos y aumento de soldadas? Eso pasa también con el resto de las oficinas públicas.

—Y con el departamento de ingenieros sobre todo, un departamento de puro papel pintado, según el representante don Gregorio Rodríguez.

—Sin embargo, buenos duros nos cuesta.

—A pesar de que el doctor Rodríguez demostró, como tres y dos son cinco, que ese departamento es tan útil para el país como aquella espada de Bernardo.....

—Que no cortaba ni pinchaba.

—Y el señor Bacchini evidenció que presta tantos beneficios al pueblo como la célebre carabina de Ambrosio.



—Que no servía para nada.

—No obstante, la Honorable mayoría oyó esas razones como quien oye llover ó como el gallego de la historia, al cual no lo convencían las razones. —No hay peor soido que el que finge serlo. —Lo propio sucede con la



Dirección del Catastro, que se compone de un jefe...

—Don Melitón Gonzalez, al que trajo de Entre-Ríos ó Corrientes don Jaime Estrázulas, cañiños concañado del cuñado del Dictador don Lorenzo....

—Y la honrosa figura que hizo don Melitón cuando obedecía las órdenes del cuñado!...

—Cuantan que hasta solía apretarle la cincha del caballo.

—Pues la dirección se compone de un jefe, dos secretarios, tres escribientes, cuatro auxiliares y media docena de porteros...

—Los porteros son infaltables en las oficinas públicas.

—Y aun en las oficinas... secretas. He tentado la paciencia de contar los que existen en las diversas reparticiones del Estado...

—Y sacaste la suma?

—De que existen cuatro mil setecientos noventa y tres porteros, á los cuales paga la nación ochenta mil novecientos sesenta y cinco pesos anuales!

—Ahí es nada lo del ojo!

—Si aquí hubiese oficinas sin puertas, ¿le seguro que aun los porteros. En el Catastro ejer- nes por turnos —Hola! Y —Lo mismo. —bajo consiste en tas de los tur- teros. Los auxiliares ayudan en sus turnos á los escribientes, los secretarios fiscalizan las cuentas de los turnos, y el director...



—Les pone el visto bueno?

—El director es de lo más gracioso, em- puzando por la chuscada de que se titula ingeniero y lo es tanto como el ministro de quien depende.

—Tal amo, tal criado, como reza un proverbio...

—El director pone el visto bueno y además se ocupa en promover reuniones en Montevideo, el Durazno y en todas partes.

—Con qué objeto?

—Con el objeto de preguntar á los concurrentes, sean legos ó peritos en la materia: —Señores, quieren Vds. enseñarme como se levanta un catastro?

—De veras?

—En eso y en solicitar de su concañado el ministro que pida á los representantes de la República en el exterior las leyes y reglamentos sobre catastro, y en buscar alumnos de la Academia Militar para que lo auxilién en sus operaciones imaginarias sobre el catastro, y en viajar á costa de la nación por los asuntos de catastro, y en pronunciar arengas alabando al Presidente y llamándole verdadero demócrata y fundador del catastro; en eso y en darse importancia, invierte su tiempo el jefe de la dirección del Catastro.

—Y el catastro?

—Lo mirarán concluido los nietos de nuestros nietos. Figúrate que la dirección aún no ha pensado como se ha de empezar! Y eso después de ocho meses de comer por eventuales cinco ó seis mil pesos.

—Esperará las leyes y los reglamentos.

—Esperará que alguien responda satisfactoriamente á la interrogación de cómo se levanta



un catastro. En el ínterin va y viene y vuelve y revuelve como la ardilla de la fábula.

—Cuántas oficinas habrá como esa!

—Lo más curioso es que la mayoría de la Cámara no lo ignora; pero para cohonestar su censurable tolerancia, dice: «En este ministerio y en los otros y en todas las reparticiones públicas sobran los presupuestivos; mas como echarlos á la calle? Pecerían de hambre con sus familias.»

—Caracoles! Y sigue creando empleos y más empleos!

—Precisamente para acrecentar el número de los que pecerían de hambre con sus familias. No podrían colocar en los nuevos empleos á los que se hallan de más en los viejos?

—Eso sería lo conveniente; pero entonces se quedarían galgucando muchos aduladores de don Juan; y es preciso tirar una tajada á los aduladores.

—Algunos pocos se ganarán el destino por haberle puesto el sobretodo al salir del Instituto Verdi.

—Y algunos más por haber arreglado los muñecos de la kermese del patronato de Damas ó sacurido con el plumero la silla donde se sentaba la presidenta.

—Oh! aspirantes nacidos para la esclavitud!

—Así no debemos extrañar que la Cámara siga aprobando el presupuesto general de gastos presentado por el Poder Ejecutivo... y que día á día vaya duplicando en la República el número de los servilones y de los besa... platos!

COAS DE NEGRO



—Dice *La Nación* que los opositores tienen ojos y no ven.

—Que no ven? Vaya si ven!

—Qué es lo que ven entonces?

—Entre muchas otras cosas, ven que el Presidente tiene manos y que las aprovecha.

Charada

Iba un todo conduciendo

Cierta dos con la tercera,

Cuando por la carretera

Con un coche se encontró.

En él estaba durmiendo

Tranquilamente una segunda

Cuatro, que la baranda

Del ganado despertó.

Asustados los corceles

Cual prima tres dispararon

Con el coche y lo arrastraron

A un inmenso pedregal.

En sus angustias crueles

El dos y cuatro tiróse

De su carruaje y pegóse

Un prima cuatro fatal.

Y tanto cuatro tercera

Persona tras de agonía

No muy larga fallecía,

Lanzando su maldición

Al total, que por severa

Justicia pronto juzgado,

Dicen que fué condenado

A diez años de prisión.

La Junta E. Administrativa celebró con bombo y platillos la inauguración del camino á villa Colón. Anén del bombo y los platillos, hubo



un suntuoso banquete. Por supuesto que en él estuvo don Juan Idiarte Borda, pues el hombre de Mercedes no brilla nunca por su ausencia en los lugares donde se come gratis... ó á expensas del tesoro público.

Progresista la Junta de Montevideo... cuando se trata de complacer á los gobernantes. O sino, vamos á cuentas. El coronel Latorre compró, con sus ahorros, una quinta en los alrededores de la capital. El camino para llegar á la quinta estaba poco menos que intransitable... Pues la Junta le arregló el camino.

El general Santos, también con sus ahorros, adquirió otra quinta... El camino, idem, era tan malo como el que conducía á la del coronel Latorre... Pues la Junta le compuso el camino.

El general Tajés, igualmente con sus ahorros, se hizo propietario de una tercera quinta. El camino... Ya se sabe cómo se hallaba el camino... Pues la Junta le empedró el camino.

Don Juan Idiarte Borda ha mandado construir una casa de campo en villa Colón... El camino, peor que el camino del infierno, según las beatas. Pues bien, la Junta E. Administrativa se ha apresurado á macadamizar el camino, para que cuando el Presidente vaya en carruaje á su quinta, no se lastime las augustas posaderas.

De los caminos que no lleven á moradas presidenciales, la Junta E. Administrativa no se preocupa mucho ni poco. De los otros, sí, para complacer á los gobernantes. Progresista la honorable corporación! De la adulación y el servilismo no hay para qué hablar.



Dice *La Nación* del viernes:

«Con motivo de haber sido ayer el día onomástico del Excelentísimo señor Presidente de la República, muchos personajes y los numerosos amigos que tiene en Montevideo fueron á felicitarle.»

Antes de ser Presidente de la República, solo le daban la enhorabuena, en su día onomástico: el pulpero que le vendía la yerba, el tambero que le traía la leche, el panadero... y otros amigos del mismo jaez.

Si don Juan tuviese dos dedos de frente y hubiese leído la fábula de La Fontaine titulada *El burro cargado de reliquias*, ya sabría á qué atenerse sobre el particular de los plácemes.

Entre los muchos regalos que recibió, figuraba una estatuita de don Antonio Genta; la cual, en una chapa do, decía: «A Su Excelencia el Presidente de la su día onomástico felicidades.»



Y no contento el señor Genta con enviar una estatuilla al padre, mandó otra al hijo, y hubiese mandado la tercera al espíritu santo, si en la familia Borda existiese espíritu santo.

En la estatuilla dedicada al hijo se leía esta simple inscripción: «Al amigo Juan Borda, hijo.» El Idiarte ó el Baños del Hijo, lo dejaría el señor Genta para la estatuilla del año que viene.

Señor Presidente, haga reformar la Constitución para que lo reelijan. De lo contrario, luego que V. E. acabe su período no tendrá estatuillas, ni numerosos amigos, ni muchos personajes que lo feliciten en su día onomástico.

Aunque tal vez V. E. se expresará así con su franqueza característica:

—Qué se me importa? No tengo aduladores que me feliciten; pero tengo pesos que me sobran. Y estos me serán fieles hasta el último día de mi vida!

